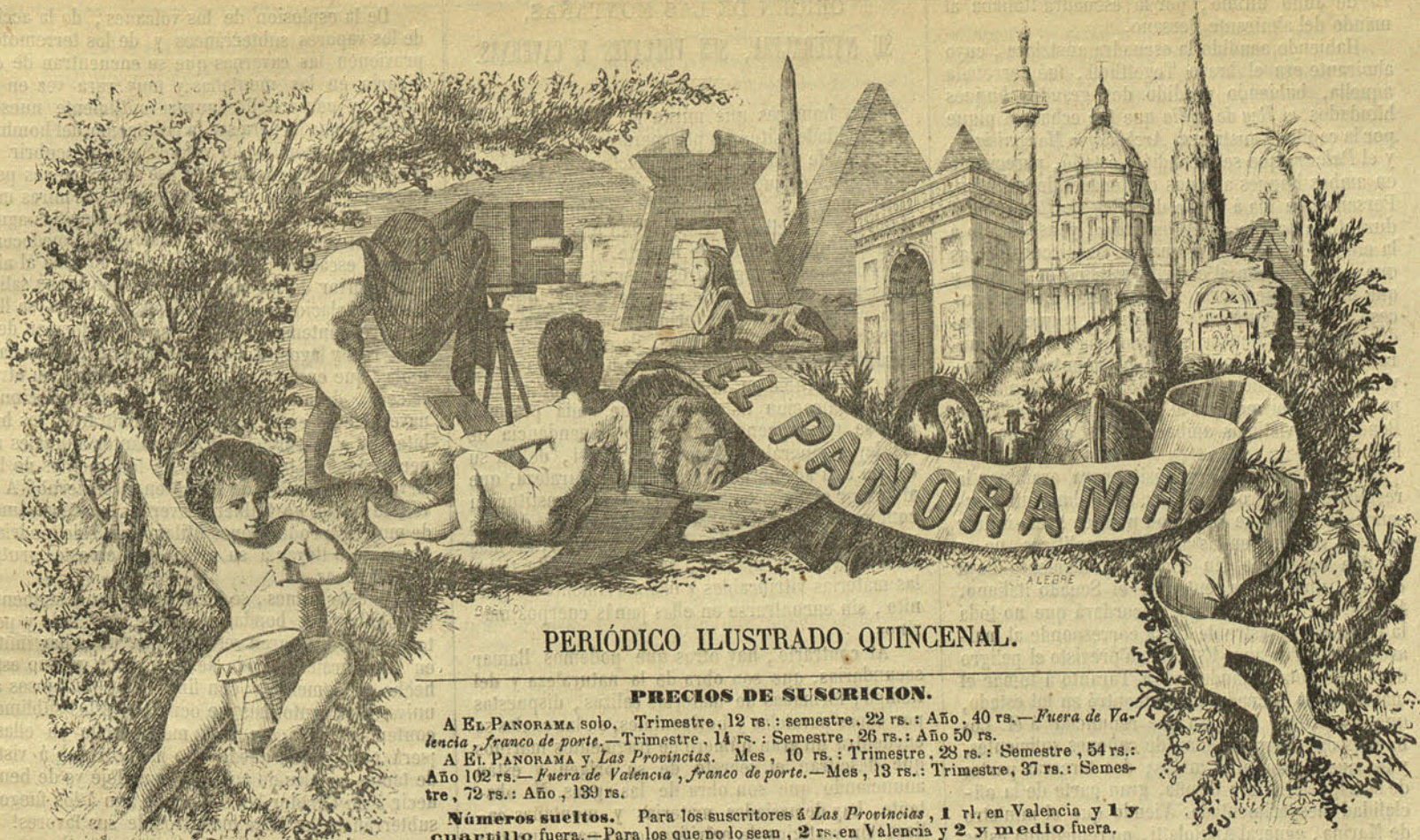




PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A EL PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs. : semestre, 22 rs. : Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs. : Semestre, 26 rs. : Año 50 rs.
A EL PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs. : Trimestre, 28 rs. : Semestre, 54 rs. : Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs. : Trimestre, 37 rs. : Semestre, 72 rs. : Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 15 Mayo 1867.

NÚM. 9.

El Almirante Persano.

Demos también cabida en nuestro *album* de celebridades contemporáneas á los que caen vencidos en las tempestades del mundo, porque no es siempre justo el fallo de la suerte. Pocas veces ha estremado esta sus rigores contra uno de los que parecían sus favoritos, como en el caso del almirante Persano, reputado gefe, hasta hace poco, de la Marina de un gran país, y degradado ahora de todos sus honores y títulos, condenado ante la Europa por una sentencia que atribuye á su impericia la derrota que en las aguas de Lissa experimentaron las armas italianas. El nuevo reino ha vengado cruelmente el desastre de su escuadra; pero so'o Dios sabe si en ese fallo no se ha sacrificado á un exigente patriotismo una víctima inocente.

El almirante Persano es hombre de sesenta años, rubio, de tipo inglés, pero animado por la vivacidad francesa. Hizo su brillante carrera marítima en la escuadra sarda, y su principal hecho de armas fue la toma del puerto de Ancona, de las legaciones pontificias, en 1860. Siempre ha pasado por valiente, hasta rayar en la temeridad.

Un periódico francés ha recordado una anécdota que es oportuno reproducir. Hace tres ó cuatro años se encontraron reunidos en las aguas de Levante tres escuadrillas, fran-



El Almirante Persano.

cesa, austriaca é italiana; estas dos últimas mandadas por Tegetthoff y Persano.

Encontrábanse con frecuencia los tres almirantes á bordo de la Capitana francesa, en donde Persano no perdonaba ocasion de soltar chanzonetas sobre la inferioridad de la marina austriaca. La insistencia del almirante italiano hizo estallar al sufrido Tegetthoff, é iba á sobrevenir un choque sério, cuando el capitán francés intervino, y procuró una reconciliacion, que se celebró por medio de un banquete. A los postres, el vanidoso italiano no pudo contenerse, y volvió á repetir sus burlas. El almirante austriaco puso fin á ellas, diciendo con gran formalidad:

—Sr. Persano, esa es una cuestion que un día se ha de ventilar.

—En las aguas del Adriático, respondió vivamente su interlocutor.

—Yo os daré ocasion de juzgarla en última instancia.

—No la despreciaré.

Desde aquel día no se volvieron á encontrar en el buque francés los dos almirantes rivales, y la cita pendiente tuvo lugar en las aguas de Lissa, isleta de la costa Dalmática, á 16 leguas al Suroeste de Spalatro, perfectamente fortificada, la cual fue atacada el

19 de Julio último, por la escuadra italiana al mando del almirante Persano.

Habiendo acudido la escuadra austriaca, cuyo almirante era el bravo Tegetthoff, fué derrotada aquella, habiendo perdido dos grandes buques blindados, el *Rey de Italia* que fué echado á pique por la capitana austriaca, *Archiduque Maximiliano*, y el *Palestro* que se incendió y estalló, pereciendo en ambos buques algunos centenares de hombres. Persano que iba á bordo del *Rey de Italia*, pasó durante la batalla al *Affondatore*, y así escapó á la muerte, siendo esta una de las circunstancias que mas irritaron al espíritu público en Italia, y que hicieron necesaria la formacion de un proceso, que se siguió ante el Senado, y que ha producido una sentencia condenatoria para el almirante Persano, á quien se le ha imputado imprevisión, negligencia é impericia, degradándose por ello, lo mismo que al generalísimo austriaco Benedeck, víctimas ambos de los caprichos de la fortuna.

No es este lugar apropiado para examinar la resultancia del proceso formado al almirante Persano: por mas que la pasión política suele influir en gran manera en las asambleas políticas, no es posible creer que sin ningún fundamento haya dictado una severa sentencia el Senado italiano. La historia, sin embargo, recordará que no toda la culpa del desastre de Lissa corresponde al malaventurado Persano. Este habia previsto el peligro de la derrota. Cuando fué á Taranto á tomar el mando de la escuadra, la encontró en tal estado, que su primer impulso fué renunciar á él. Los buques de hierro carecían de cañones suficientes, y los que tenían eran malos; dos terceras partes de la tripulación era bisona, gran parte de la oficialidad inespérimentada. Viendo que el ministro de Marina, general Angioletti, no remediaba estas faltas, escribió al príncipe de Cariñan, regente del reino, diciéndole que iba á renunciar el mando de la escuadra. El príncipe le instó á que continuase en él, y el nuevo ministro de Marina, Sr. Depretis, mejoró algo el estado de la armada. En 7 de Julio se le dieron instrucciones al almirante: debía atacar al enemigo siempre que pudiera hacerlo fuera del alcance de sus baterías, pero no acometer á Pola ni á otro puerto, para no arriesgar los buques. Persano estuvo aguardando esta oportunidad que no se presentó; mientras tanto las nuevas de la paz, preparada por la intervencion de Francia, hicieron lamentar á todos los italianos que terminase la guerra sin lograr sus armas una victoria. Se queria, sobre todo, probar la pretendida superioridad de la marina del reino de Italia. Sus oficiales le instaban á Persano para que atacase á Pola, pero no se atrevía á arrostrar la responsabilidad de esta infracción á sus instrucciones. Resolvió aguardar, y algunos dias despues recibió la orden de atacar los fuertes de Lissa. El gobierno italiano queria una victoria: su almirante no supo ó no pudo alcanzar mas que una derrota. Nadie se ha atrevido á acusarle de traicion, y sin embargo ha sido condenado: ¡compadezcamos á esta víctima sacrificada en aras del orgullo nacional!

C.

AL VALEROSO MUZA.

Del vacilante trono mahometano
Firmísimo sostén, doblado escudo
De la patria infeliz, que sufre el rudo
Empuje del ejército cristiano;

En vano luchas, noble Muza, en vano
Vibras la lanza en ademán sañudo;
Deja de manejar el hierro crudo,
Y dale paz á la cansada mano.

No culpes de la guerra los azares,
Que domeñar tu arrojo no han podido
Córdobas, ni Girones, ni Pulgares;

Dios para dilatar su nombre y gloria
Tu pueblo en ocio vil ha enflaquecido,
Y á la triunfante CRUZ dá la victoria.

J. Nuñez de Prado.

ORIGEN DE LAS MONTAÑAS, SU NATURALEZA, SUS VOLCANES Y CAVERNAS.

Hay hombres que miran las montañas como desigualdades situadas por mera casualidad, y sin designio de producir algun efecto útil. ¡Qué ignorancia, ó qué ingratitud! Las montañas son para nosotros un manantial perenne de beneficios, y sin ellas la tierra bien pronto no seria mas que una mansion de muerte.

Podemos distinguir tres especies de montañas; unas tan antiguas como nuestro globo, que por esta razon llamaremos primitivas. La formacion de estas montañas primitivas, de estas principales cordilleras, cuyas cimas se elevan á una altura tan considerable en la atmósfera, no sufre ninguna explicacion fisica, por que nada presenta que se pueda considerar como dependencia de las leyes generales del universo; y así, deben su origen á la acción del Autor de la naturaleza, que al formar el globo terrestre le dió una constitucion conforme á la sabiduría y beneficencia de sus providenciales designios. Estas montañas, las mas altas de nuestro planeta, se componen de todas las materias vitrificables y ordinariamente de granito, sin encontrarse en ellas jamás cuerpos marinos.

Al contrario, hay otras que podemos llamar secundarias, que son obra de la naturaleza y del tiempo, formadas de materias calizas, dispuestas por capas paralelas y horizontales, en las cuales se encuentra un gran número de fragmentos marinos que descifran el secreto de su origen y están anunciando que son obra de las aguas. No obstante, hay demasiadas materias y montañas calizas sin vestigios de petrificaciones para que nos podamos persuadir que todas deben su origen á los repuestos del mar.

En fin, se halla otra tercera especie de montañas, que no presentan en su composicion la misma regularidad que las anteriores. Un amontonamiento de arenas de piedra arenisca, de guijarros arrollados, de diferentes cuerpos marinos, esparcidos sin orden con los despojos de animales y de vegetales terrestres, nos pone de manifiesto los archivos de aquel diluvio que nos describe el mas respetable de los historiadores y que se encuentra en los monumentos de tantas naciones. Concíbese fácilmente que esta terrible inundacion, los diversos temblores de tierra, la erupcion de los volcanes, las avenidas de los rios y de los mares, pueden haber acumulado de mil maneras diferentes sobre la superficie del globo sustancias de toda especie, que hayan formado nuevas eminencias. Algunas pequeñas montañas de Africa parecen originadas de los espantosos huracanes que experimentan con frecuencia estas regiones. Los enormes montones de arena que allí acumulan de trecho en trecho, adquiriendo con el tiempo cierta coherencia, forman verdaderas montañas, en donde podrá descubrir la posteridad con espanto árboles, animales y aun quizá tropas de viajeros.

En muchas montañas se observan disformes bocas de fuego que arrojan por los aires montones inmensos de piedra, de escorias y de cenizas, y cuyos anchos flancos entreabiertos vomitan torrentes de lavas ó de vidrio derretido, que en ocasiones corren grandes comarcas, y destruyen las campiñas, condenándolas á la esterilidad por una larga série de años. Estas terribles erupciones son ordinariamente precedidas de ruidos subterráneos, semejantes á los del trueno, que se oyen retumbar desde lejos. Un bramido horrible, un fracaso espantoso anuncia por lo comun este funesto fenómeno, producido por los fuegos encerrados en el seno de las montañas, y causados por cúmulos asombrosos de materias inflamables que la fermentacion recalienta y abrasa. La acción de este fuego produce á veces sacudimientos capaces de agitar violentamente vastas comarcas, de levantar y sacar el mar de sus bordes, de hendir y trastornar las montañas, de destruir y aun sepultar las ciudades, de conmovier y derribar los edificios mas sólidos á distancias considerables. ¡Mas quién podrá describir estos inmensos respiraderos de la tierra, el majestuoso y formidable Etna, creador de nuevas montañas, y que vomita tan prodigiosos torrentes de materias inflamadas, á las cuales deben su nacimiento tantos promontorios, y que obligan al mar á salir de sus antiguos límites!

De la explosion de los volcanes, de la acción de los vapores subterráneos y de los terremotos, provienen las cavernas que se encuentran de ordinario en las montañas y muy rara vez en los valles, y parecen desfigurar inútilmente nuestro globo, formado para ser la habitacion del hombre. Pero aun cuando no pudiésemos descubrir su destino, ¿deberíamos por eso estar menos persuadidos de que su formacion tiene miras muy sabias? Estas vastas cavidades reunen las aguas para distribuir las sobre la tierra y humedecerla cuando escasean las lluvias; dan entrada al aire á lo interior de las montañas y proporciona salida á sus exhalaciones. Estas mismas cavernas se llenan frecuentemente de aguas, que forman despues rios y lagos. Tal es el lago Zirnitz en la Carniola, que en ciertos tiempos se llena y en otros se seca, de modo que es en algunas estaciones navegable, y en otras pueden sembrarles los habitantes y cazar en él. ¿Y cuántos animales no perecerian si las cavernas de los montes no les sirviesen de asilo y de retiro en el invierno? A la verdad que si no hubiera cavernas, careceríamos de muchas producciones útiles, que solo podrian formarse ó llegar á su perfeccion en estas grutas subterráneas.

En esto, pues, se manifiestan conocidamente la sabiduría y bondad de Dios. En todo y por todo se lee esta gran verdad: que nada hay inútil en la naturaleza, nada de mas, nada que no esté hecho sabiamente y con fines muy ventajosos al universo. Cuanto mas me ocupe en estas sublimes contemplaciones, y mas me ejercite en ellas, ¡será posible que quede frio mi corazón á vista de tantas señales de amor, y que deje yo de bendecir á mi Criador benéfico, que aun á los fuegos subterráneos los hace ministros de sus favores!

S.

Á EMILIA.

Tú que semejas la estrella
Mas blanca y resplandeciente;
Tú tan pura, tú tan bella;
Dime, Emilia, ¿por qué sella
Esa palidez tu frente?

¿Por qué en tus años gentiles
Y apenas con quince abriles
Pareces no tener calma;
Cuando en sueños juveniles
Se debe agitar el alma?

¿Por qué, por qué Emilia mia
En letal melancolia
Se desliza tu existencia
Si es tu pecho la ambrosía
De la flor de la inocencia?

¿Por qué en tu jóven pensar
Te amargan ya los dolores,
Cuando debieras soñar
Y los trinos escuchar
De pintados ruiseñores?

¿Por qué si en el suelo ardiente,
Que el sol baña refulgente
Viste la primera luz,
No tiñe el tinte tu frente
De alegre tipo andalúz?

Es porque tu clara mente
Mayores dichas alcanza;
Es que ves allá en oriente
Aun mas risueña esperanza
Con que iluminar tu frente.

Es que tu casta belleza
Y tus sueños de ventura
Se encierran en tu pureza;
Que no estimas la riqueza
De la mundana hermosura.

Que aspiras en dulce anhelo
De la virtud el encanto;
Que ante la amargura y duelo,

Inundados ves de llanto
Esos tus ojos de cielo.
Es que belleza te ausilia,
Y eres de bellas la palma;
Que en tí todo se concilia;
Y aunque eres muy bella, Emilia,
Mas bella tienes el alma.

Dámaso Delgado Lopez.

UN HECHICERO DEL SIGLO XVIII.

A fines del siglo pasado, un viagero, tan modesto en su porte como en su equipage, llegó á la posada principal de Wurtzburgo, aldea de Alemania, y pidió un cuarto en lo mas apartado de la casa, y donde nadie pudiera incomodarle. Esto solo habria bastado á escitar la curiosidad; pero era además todo tan misterioso y raro en aquel hombre, que llamó la atencion general desde que se presentó en la casa. A primera vista podia descubrirse en él, á pesar de la sencillez de su trage, cierto aire de natural distincion. Aunque no era joven, llevaba los cabellos largos, á la usanza de los estudiantes de la universidad, y su rostro pálido y melancólico tenia una expresion sombría, aun al sonreirse. Al dia siguiente de su llegada, en vez de llamar á la posadera, como hacian los demás viageros, para saber la residencia de algun vecino, presentar cartas ó informarse de las curiosidades ó antigüedades dignas de ser vistas, salió sin decir palabra, y á su vuelta, á la hora de cenar, bien daba á conocer su empolvado trage que habia estado caminando todo el dia. Al siguiente hizo lo mismo. Un pastorcillo dijo que le habia visto recorrer muy de prisa las orillas del Rhin, pararse de repente y accionar como si estuviera poseído del demonio, y que las muchachas del pueblo pasaban á su lado sin que aquel hombre les hiciera caso alguno.

Fuerza es confesar que todas estas cosas eran mas que suficientes para infundir sospechas con respecto al extranjero. Cuanto de su persona podia decir la huésped se reducía á que era por demás sóbrio y pacífico, manifestándose contento siempre con lo que se le servia. La curiosidad, sin embargo, seguía en aumento. Notábase que el desconocido se retiraba así que cenaba; pero no se acostaba, y algunos de la casa, que por casualidad se quedaban despiertos hasta media noche, habian visto luz en su cuarto. Una noche bajó corriendo una de las criadas mas jóvenes, y entró asustadísima en la sala donde estaba su ama con dos vecinos. Dijo y afirmó con todas veras, que el forastero estaba hablando con alguien en su cuarto, «aunque podia asegurar que nadie mas que él habia entrado.... al menos por la puerta.» Esto hizo estremecer al auditorio. La posadera rió severamente á la curiosa criada por haberse puesto á atisbar á la puerta de la habitacion de un huésped; pero á la siguiente noche la buena del ama fue en persona, para averiguarlo todo por sí misma, y habiendo aplicado el oído á la cerradura, oyó... ¿qué?... no es posible saberlo.

La verdad es que bajó la escalera tan turbada y temblorosa, que no podia hablar. Salió sin detenerse de su casa, y se dirigió á toda prisa á la del burgomaestre.

A la siguiente mañana salió el extranjero como de costumbre, y volviendo á la tarde, entró muy tranquilo en su cuarto. Pero esta vez se habian tomado precauciones: á cada lado de la puerta estaban ocultos dos agentes del municipio, escogidos entre los mas valientes de Wurtzburgo; y en el piso bajo, en la sala y en la calle, las mugeres que sobresalian por curiosas, es decir, casi todas las del pueblo. De repente se oyó la voz del extranjero que subia y bajaba de tono alternativamente, como si estuviese hablando con alguien. Los que estaban á la puerta oyeron la siguiente invocacion:

—¡Oye! ¡tú, á quien por tanto tiempo he buscado: no te me escaparás esta vez!... ¡Contéstame, poder infernal, demonio! ¡Preséntate, y habla á tu señor!

A esta invocacion, una voz aguda y penetrante, que parecia salir de lo profundo de la tierra, contestó con irónica humildad:

—Amo mio, ¿qué quieres de tu servidor?

No bien escucharon las mugeres la voz terrible, cuando comenzaron á huir dando gritos de pavor. Los hombres forzaron la puerta, que no estaba mas que entornada, y se arrojaron sobre el forastero, á quien hallaron sentado en un sillón á corta distancia de una mesita. Por lo que hace al diablo, habia desaparecido; pero quedaba todavía un olor muy penetrante á azúfre, segun declaracion jurada de muchos testigos.

El forastero fué conducido ante un juez, y acusado de practicar la magia y hechiceria y de tener comercio con el diablo. Su respuesta fué la siguiente:

—He empezado una tragedia, pero como mis amigos me impedían trabajar en Weimar, donde residí, me vine á escribir aquí. El héroe de mi obra es un hombre que invoca al diablo, y al cual Satanás se le aparece. Confieso que tengo una costumbre muy mala, por la que pido perdon á los habitantes de Wurtzburgo, y es la de leer en voz alta lo que voy pensando y escribiendo. En cuanto á invocar yo mismo al diablo, soy muy buen cristiano para hacerlo, y V., señor burgomaestre, muy ilustrado para creerlo.

Y para concluir dijo su nombre á la autoridad, que al oírlo se descubrió con muestras de respeto, lo cual dió mucho que hablar á las gentes del pueblo.

Réstanos decir que el hechicero se llamaba Goethe, y que se ocupaba á la sazón en escribir su obra maestra, el *Fausto*.

EL BAÑERO.

LEYENDA.

POR DOÑA ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Le flot grossit, le ciel est noir
Pietro, pour quoi partir ce soir?
La mauve blanche au cri plaintif
Disait en volant sur l'aquif,
«Pêcheur, arrête!
Le nid qui m'avait tant conté
De ce roc vient d'être emporté
Par la tempête.
(asimir Delavigne.)

Entre los alegres pueblecitos que bordan el litoral cantábrico, descuella una pequeña villa, risueña y encantadora como las orillas de la campiña romana, y que puede considerarse en el estío como el *rendez vous* de todos los que abandonan por algunos meses la atmósfera de fuego que pesa inexorable sobre la coronada villa.

Pero D.... la villa mimada de la aristocracia española, la que estiende su alfombra de mullido césped hasta las mismas playas del Océano, registra tambien en sus anales marítimos, tristesimas historias de amor, dolorosos recuerdos dignos de ocupar un lugar distinguido en esta galeria fotográfica.

El hecho que voy á contar es un tristísimo poema que los vecinos de aquel pueblo de pescadores refieren con frecuencia á los bañistas, y por eso no será para muchos completamente nuevo.

Inspirado por la sencilla narracion de un pescador, el Sr. Bengoa en 1860 sacudió tambien el polvo de aquella tradicion terrible que vamos á esponer en pocas palabras.

Entre los mas honrados pescadores de la villa, distinguíase José Andrés, gallardo joven de veintidos años, envidia de todos sus compañeros, y orgullo de sus ancianos padres á quienes sostenia decorosamente con el fruto de su penoso é incesante trabajo.

Consagrando todos los instantes de su vida á prodigar á los autores de sus dias los mas tiernos afectuosos cuidados, Andrés, que profesaba á su madre el mas puro y acendrado cariño, se rebaja hasta las humildes faenas para aliviar sus años, y rezaba con ella por la noche sus oraciones con la misma fe, con el mismo candor que en los hermosos dias de su risueña infancia.

Cuando la tempestad encrespando las olas obligaba aun á los mas animosos pescadores á permanecer en el puerto, Andrés se sentaba tranquilamente á la puerta de su pobre choza tegiendo primorosas redes de torzal, que enviaba luego á vender á San Sebastián, recomponiendo las redes viejas, esforzándose por cuantos medios

estaban á su alcance en rodear los últimos dias de sus ancianos padres de esa envidiable felicidad, que consiste para los pobres en no carecer de un pedazo de pan; ni de un miserable lecho donde descansar algunas horas.

D... era, como hemos dicho antes, el punto donde se reunia la buena sociedad madrileña, como Biarritz en Francia y Baden en Alemania, por eso aquellas aguas afortunadas servian de espejo á las mugeres mas bellas y elegantes de la aristocracia, aves viageras, seductoras siempre por el hermoso matiz de sus plumas, en el que se confunden de una manera verdaderamente mágica las bellezas naturales con los refinamientos del arte.

Andrés era el mejor nadador de la costa, el que se atrevia á luchar por mas tiempo, brazo á brazo con las olas, aun en los dias en que la tempestad amenazaba levantar hasta los cielos su orgullosa frente coronada de montañas de espuma.

El verano llegó, y las playas de D... se poblaron de bañistas, entre los que se encontraban las primeras familias de España.

Autorizado por su habilidad de nadador, en la que dejaba muy atrás á todos sus compañeros, Andrés se hizo bañero.

Su carácter era tan escelente, su voz tan dulce, sus modales tan finos, que ningun bañero logró jamás reunir una clientela tan lucida como la de nuestro pobre y honrado pescador.

A las horas de la marea Andrés se encaminaba alegremente á la playa, donde le aguardaba ya con impaciencia un ramillete de preciosas bañistas disputándose el privilegio de que las llevase al mar.

Parecia que el destino se complacia en reunir en derredor del joven pescador las mugeres mas seductoras que embellecen el suelo de la morisca España.

Andrés se dejaba arrastar por aquellas manos suaves y perfumadas y sentia que sus ensueños que otros dias no salian del círculo de la playa, se remontaban ahora á otras regiones para él desconocidas, en las que vislumbraba una nueva felicidad que ya no podian darle los esquifes ni las redes.

Andrés era una de esas naturalezas ardientes que permanecen largo tiempo dormidas, pero que al despertar se lanzan sin freno ni medida en pos de su deseo, como el volcan que hierve oculto en las entrañas de la tierra arroja de repente sobre las pintorescas villas que le rodean numerosos torrentes de encendida lava.

En su corazon que encerraba todo un mundo de sentimiento, no habia vibrado aun el primer latido de amor.

El comprendia instintivamente que la idea que empezaba á germinar en su alma era peligrosa, pero no tenia ya valor para huir del peligro.

Apenas sus ojos se cerraban, empezaba para el pobre hijo de las holas una vida fantástica y seductora como un cuento de hadas.

Una falange bellísima de bañistas rodeaba su lecho; niñas encantadoras le llamaban, le acariciaban y tejian con sus desnudos y torneados brazos caprichosas danzas que le hacian entrever los refinados gozes de que ha poblado al mundo la civilizacion moderna.

Andrés se despertaba quebrantado, atormentado por aquella vision comparable á las tentaciones de San Antonio; horrorizado al encontrarse entre las ahumadas paredes de su miserable choza, corria de nuevo á la playa en busca de alimento para aquella nueva idea que absorbía todo su ser.

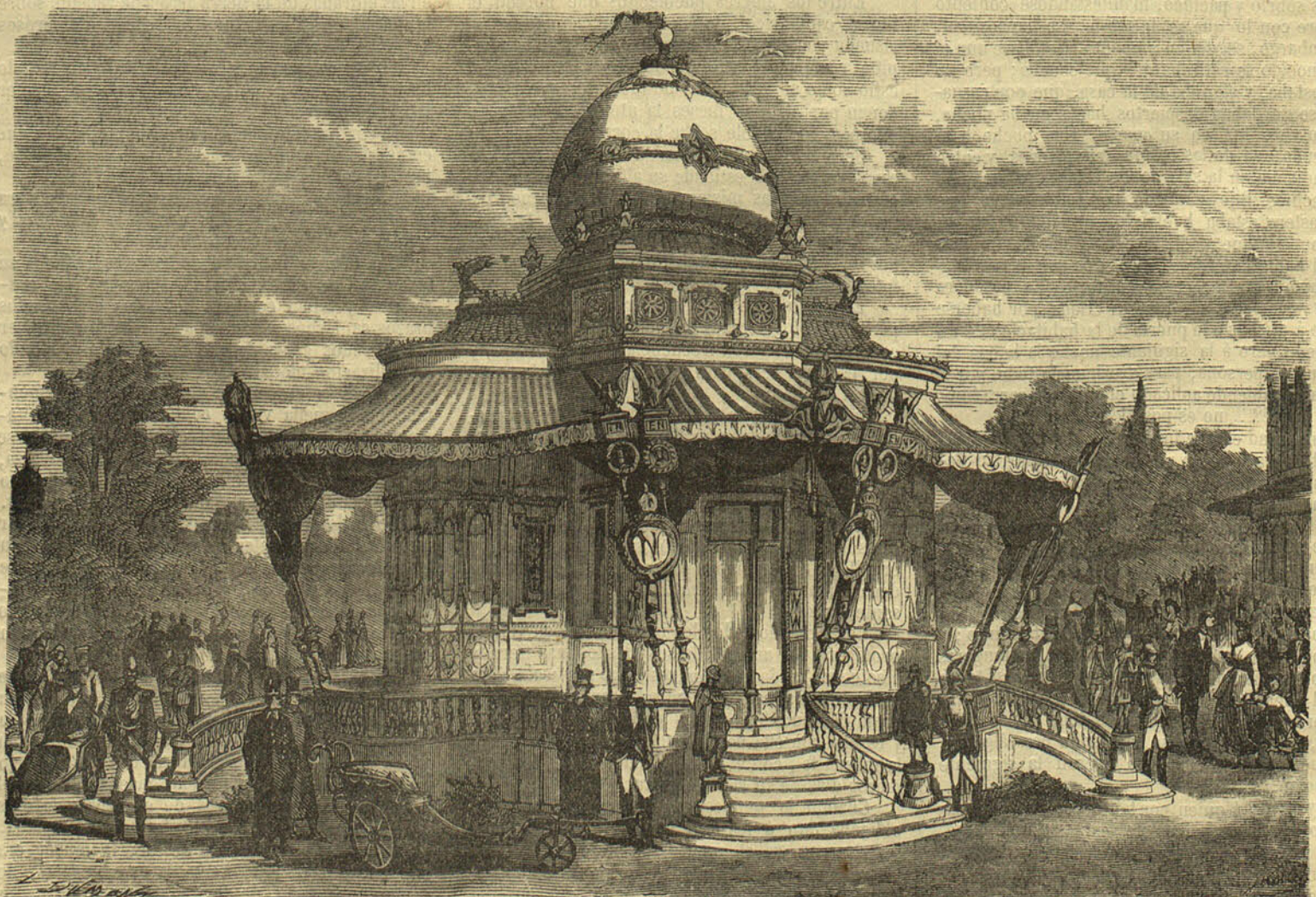
Huyendo de su pobre casita como de un lugar incendiado los torzales de seda con que formaban las redcillas de lujo, dormian en su humilde canastillo de mimbre, y las redes viejas iban estando cada dia mas rotas y destrozadas sin que unas manos compasivas se acordasen de socorrer sus mallas.

Hasta entonces Andrés no habia visto en la muger mas que la compañera del hombre en su acepcion material: la pescadora que corre á la ribera á saludar la llegada de su barquilla con gritos da alegría, la pescadora con su zagalejo corto y abigarrado, su corpiño encendido como el coral, y sus largas trenzas de oscuros y sedosos cabellos tendidas graciosamente sobre la espalda.

Segun su nuevo modo de ser, la muger era una nueva creacion, hermosa, sentimental, de aliento perfumado, de dientes ebúrneos, de manos blancas y satinadas, hada maravillosa que al toque de su mágica varita hacia brotar de la vida real



La ciudad de Luxemburgo.



ESPOSICION DE PARIS. El pabellon imperial.



EXPOSICION DE PARIS. El chateau d'eau en el parque.



EXPOSICION DE PARIS. Vista exterior del aquarium de agua dulce.

las ilusiones de que ha revestido hasta los mas inocentes goces la moda soberana.

Su anciana madre, que no podia adivinar la causa que preocupaba tan dolorosamente á su hijo, fijaba con frecuencia en él sus cariñosos ojos, interrogándole con su tranquila y dolorosa mirada; pero Andrés no podia ya pensar en nada que estuviese dentro de su miserable hogar y dominado únicamente por sus nuevas ideas pasaba horas tras horas cruzando á largos pasos la playa, hasta que sus ojos grandes, negros y apasionados, descubrian al fin la tentacion que se renovaba, cada dia mas fuerte, cada dia mas ardiente y devoradora.

Uno de los proverbios mas verdaderos es el de «que el trato engendra cariño» y aquellas muchachas joviales y despreocupadas rodeaban alegremente al pescador, y formaban en torno suyo caprichosas danzas, realizando así de la manera mas inocente los peligrosos sueños que devoraban la fecunda imaginacion de Andrés.

Y, sin embargo, preciso es confesarlo; á pesar de la fascinacion que aquellos hermosos seres ejercian sobre el estraviado jóven, su corazon no habia perdido todavía su hermosa libertad.

Aquel estravío, aquella fascinacion, no era mas que el presentimiento de los goces que podian ofrecer aquellas mugeres sirenas, el prólogo del terrible drama de que debia ser mas tarde el misterioso protagonista.

Una mañana en que las azuladas ondas se prestaban tranquilamente á los inocentes juegos de aquella bandada de palomas que reian y saltaban con esa envidiable alegría que desaparece casi siempre con la primera juventud, llegó á las playas de D.... una señora como de unos 28 años, cuya peregrina hermosura dejaba muy atrás la de todas las bañistas que habian visitado hasta entonces aquellas encantadas orillas.

Un sol con otro se eclipsa y todas aquellas frentes hermosas y juveniles se cubrieron de un ligero sonrosado, rindiendo así tácitamente un sentimiento de admiracion á la singular belleza de la jóven recién llegada.

Su blanca y ligera túnica, agitada por las brisas del mar, dejaba percibir distintamente sus magnificas formas, que podian competir en regularidad y hermosura con las de la Venus de Médicis.

Alta, esbelta, de rostro moreno y pálido, de negros y rasgados ojos, velados por larguísimas pestañas, aquella muger era bella, sensual, abrasadora como la misma diosa del amor cuando brotó de la espuma de los mares para dominar al mundo.

Sus labios frescos y encendidos como el coral, se entreabrian con una sonrisa que hacia vacilar á los corazones mas frios, y su voz flexible y argentina se infiltraba en el alma como el dulcísimo sonido de lejanas y patéticas armonías.

Al encontrarse frente á frente con aquella hermosura sin rival que le rogaba dulcemente que la llevase al mar, Andrés, pálido, convulso y casi fuera de sí tomó con su mano cortada por el remo la mano suave y aristocrática de la noble dama, y penetró con ella en el mar, cerrando los ojos para abandonarse por completo al placer de soñar una felicidad que no se hubiera nunca atrevido á esperar sobre la tierra.

Andrés amaba á la gran señora, á la mas hermosa muger, y la amaba con un delirio frenético, con un amor inmenso, inmenso como el mar, y para el que, como ya hemos dicho en otra ocasion, no existe mas remedio que la dicha ó la tumba.

La noble dama, encantada de la dulzura y agilidad del jóven pescador, se abandonaba tranquilamente en sus brazos, bien agena de que aquella sencilla confianza iba encendiendo mas y mas la llama que ardía en el ardiente corazon del hijo de las olas.

Desde entonces no hubo ya para Andrés padres ni hogar, día ni noche, horas ni minutos; la vida no tenia más que un objeto: ¡amar! El día no tenia mas que dos divisiones: las dos horas en que la hermosa entraba en el baño.

El resto del tiempo era un vacío de que Andrés no sabia darse cuenta, porque en aquellas horas vagaba de peña en peña, de colina en colina, sin mas pensamiento que el acercarse de nuevo á la que le habia arrancado toda idea de paz, á la que con su fatal hermosura le impelia mas y mas al borde del abismo.

(Se concluirá.)

LAS FLORES DE LAS COLINAS.

Pálida sálvia, sérpil rastrero,
Blanco tomillo y azul romero,
Que haceis del monte grato vergel,
¿Por qué en los valles, por qué en las lomas
Verteis mas dulces vuestros aromas

Bajo mis pies?

De la hermosura la rosa altiva,
De la constancia la siempreviva
Son en los campos símbolo fiel:
Pero entre duras zarzas y abrojos,
Pálidas flores, á nuestros ojos
Hablais tambien;
Pues sois imágen de humildad bella
Que el pié besando que audáz la huella,
Dá siempre en cambio del mal el bien.

Teodoro Llorente.

LA PIPA DEL CZAR.

Cuando el pintor de Marinas, Tanneur, despues de tres años de permanencia en Rusia, se presentó á despedirse del czar Nicolás, este, como recuerdo, le regaló una pipa monstruosa con guarniciones de brillantes.

Esta pipa, cuyo fagon era del tamaño de un sombrero, sobrepasaba en grueso á las colosales que se ven generalmente en París en las vidrieras de los fabricantes de pipas.

A la vista de este monstruoso presente, del precio de mil rublos, el artista quedó pensativo.

—¿En qué pensais? le preguntó el czar.
—Sire, estoy horrorizado, respondió el pintor. Para que la espuma pueda tomar un sabor agradable es menester que un largo uso le haya dado ese color oscuro que... que....

El artista buscaba una espresion conveniente, pero no encontrándola, exclamó:

—En fin, que esté «culotada.»
—¿No sois fumador?
—V. M. ignora que necesitaría diez años para conseguir oscurecerla.

Después de un momento de reflexion, el emperador preguntó:

—¿Cuándo partís?
—Dentro de quince dias.
—Vuestra pipa estará lista.
—¡Imposible!
—Lo quiero, dijo el autócrata.

Cuidadosamente cosida en el delantal de un zapador, la pipa fue llevada al cuerpo de guardia de palacio.

La amarraron con una cadena á la mesa. La enorme pipa iba acompañada de la orden del día, que fue fijada en la pared del cuerpo de guardia:

«Artículo 1.º Se prohíbe no fumar.
Art. 2.º Bajo pena de knout, nadie podrá fumar con otra pipa que la que se encuentra sobre la mesa.
Art. 3.º Los soldados, al dejar la centinela, están obligados á fumar dos horas.
Art. 4.º El servicio de noche se hará sin interrupcion, y el oficial de guardia deberá vigilar la ejecucion de esta orden.
Art. 5.º Los enfermos se enviarán al hospital é inmediatamente serán reemplazados.
Art. 6.º Todo el tabaco necesario será entregado por la administracion, previo el recibo del comandante del puesto.»

Durante quince dias y quince noches, los guardias se sucedian en el tubo de la pipa, cuya boquilla de ámbar, segun pedimento del pintor, fue reemplazada por una de acero.

Al terminar los quince dias, la pipa tenia un hermoso color negro.

Y sobre el cierre, el emperador Nicolás hizo grabar esta inscripcion:

CULOTADA EN QUINCE DIAS.

NICOLAVS IMPERATORE.

MDCCCXXXVIII.

L'OM BLANCH.

Vora una font bullidora
Que brota de entre dos peñes
Tremola ses verdes fulles
Un om, que les aures besen.
Sota d'ell moltes vegades
He plorat les mehues penes,
Y en llágrimes l'he regat
Mes qu' aquella font, perennes.
¿Om qu' has florit cuant mon cor
Perdia les fulles schues;
Tú també has vingut al cap
A voré com se desprenen
Y s'en volen y s'enfuten
Y seques les rames deixen!

Víctor Navarro.

EL MARQUÉS DE LOMBAY.

LEYENDA.

Por D. Luis García de Luna.

(Conclusion.)

II.

Yo no sé quién ha dicho, pero lo, ha dicho con mucha razon, que no hay poeta tan fecundo, tan inspirado como el pueblo.

La conversacion que habian tenido las dos comadres, no era mas que la milésima repeticion de una conseja que corria de boca en boca entre el vulgo ignorante de Toledo. El marqués de Lombay, aunque muy amigo de los placeres con que brinda el mundo á sus adoradores, era demasiado buen cristiano para hacer pactos con el demonio, aunque le ofreciera cosa mas estimable que la posesion de una muger, cuya hermosura era tan parecida á otra que todas las lenguas ponderaban; y por su parte el diablo, aunque creian otra cosa las gentes sencillas, se estaba muy bien en los abismos, y no se dignaba aparecer en el mundo para tomar la forma de una bruja, y desempeñar papeles tan repugnantes como el de tercero en una cuestion de amores.

La verdad del caso era, que el marqués de Lombay admiraba, como todos, la peregrina belleza y las singulares virtudes que adornaban á la esposa de Carlos V, y que acaso en una época de mas despreocupacion ó de menos respeto al sòlio soberano, hubiera concebido una pasion criminal por Doña Isabel.

Quizá tambien la casualidad tuvo no escasa parte en la continencia del caballero. Cuando sus ojos se iban acostumbrando á la contemplacion de aquel prodigio de hermosura, y su alma empezaba á alimentar insensatos deseos que habian de labrarle poco á poco la desgracia, encontró en su camino á una muger cuya belleza era tan semejante á la de la emperatriz, que el mas experimentado hubiera podido confundirlas. Eso le pasó al marqués de Lombay; pero repuesto de su sorpresa, y convencido de que su buena suerte habia puesto al alcance de su afán dos egemplares de una misma hermosura, no ya tan parecidos, sino tan idénticos como la reproduccion de una persona en la luna de un espejo y la persona misma, se olvidó fácilmente del original, y amó con frenesí la copia, cuya posesion tenia poco menos que al alcance de la mano.

Y como el amor es un sentimiento que se desborda á la vista de todo el mundo, y mas si han contribuido á formarlo circunstancias extraordinarias, la estraña historia del marqués fue muy pronto conocida, y al llegar al dominio del vulgo, disfrazada con el ropage fantástico de la leyenda.

Lombay, como todos los temperamentos ardientes, era impresionable en extremo: la temprana muerte de la emperatriz, cuando el cielo parecia haberle dispensado una nueva ventura, le afectó tanto como si realmente hubiera perdido con ella la mitad de su felicidad.

Hé aquí por qué le hemos visto bajar triste y meditabundo las anchas escaleras del palacio del emperador, y por qué atravesó silencioso por entre la inmensa muchedumbre que se agolpaba á las puertas del alcázar, sin apercibirse de que su presencia había escitado la curiosidad, y dado pábulo á las murmuraciones de aquellos ociosos.

El cadáver de la emperatriz debía ser trasladado á la Capilla Real de Granada, para darle en ella sepultura, y las altas funciones que el marqués de Lombay desempeñaba por su rango en la casa del emperador, le imponían el triste deber de acompañar á la emperatriz hasta su última morada. En todo aquello había algo de providencial. Aquella misma mujer que había echado en el corazón de Lombay los gérmenes de una nueva vida, porque el amor viene á ser para las almas como una segunda existencia, llegaba al término de la suya cuando apenas daba el fruto la semilla que había sembrado. ¡Y Lombay iba á conducirla al sepulcro; él que la había soñado eterna como todas las creaciones de la ilusión! ¡Tan cerca se hallaban, que casi se confundían en un mismo instante para perderse en los abismos del olvido, el nacimiento y la muerte! ¡Tan poco vale una felicidad, que como el relámpago apenas tiene término propio, y nace, brilla, deslumbra y desaparece casi á un tiempo mismo!

Púsose en marcha hacia Granada la fúnebre comitiva, presidida por el marqués, que ni un momento durante la larga travesía pudo desear de su imaginación tan tristes consideraciones; pero aun no se le había presentado el horror en toda su aterradora magestad.

Al hacer entrega del depósito que se le había confiado, y para cumplir con las últimas formalidades de la etiqueta y las postreras ceremonias de la religión, antes de que la losa sepulcral ocultase para siempre á aquella que había sido tan amada en vida, se exigió juramento al marqués de que aquel féretro contenía el cuerpo de la emperatriz Isabel.

Por respeto á la religión del juramento se abrió la caja de plomo y apareció el cadáver. El marqués, que hubiera deseado no tener ojos para ver, y que sin embargo, obediendo á una fuerza fatal ó irresistible, no acertaba á separarlos del féretro, como si aun tuviera que aprender en él alguna verdad espantosa, prorumpió en un grito de terror, y fue necesario que le sujetasen los que estaban á su alrededor, porque sin este auxilio hubiera caído sobre el pavimento del templo como herido de un rayo. El mismo horror se había apoderado de todos.

Nada mas horrible; nada mas espantoso que el semblante de la infortunada emperatriz; jamás la muerte se pudo enorgullecer de tan completo triunfo; jamás la destrucción había hecho tan ostentoso alarde de sus estragos. Nada conservaba aquella frente de la magestad y pureza con que algunos días antes había sostenido la corona de dos mundos; nada había en aquellas mejillas que demostrase siquiera un recuerdo fugaz de su angelical belleza; nada en aquellos labios que convenciese de que eran los mismos que habían derramado tantas sonrisas hechiceras, tantas gracias seductoras, tantas frases de amor y de consuelo para los afligidos.

La muerte no se había contentado con apagar el brillo de aquellos ojos, con estender por todo el semblante las negras sombras de su fúnebre velo, sino que, llenándolo de fealdad y de horror, parecía haberse complacido en producir el sarcasmo mas cruel para burlarse á su sabor de las glorias y de las adoraciones humanas.

Jamás el severo espectáculo de la muerte había impuesto á los hombres silencio tan profundo y tan justificado terror; pero al fin dominando á muchos mas que los propios esfuerzos de los circunstantes la ley imperiosa de la necesidad, preguntó un sacerdote al marqués de Lombay:

—¿Jurais que este cadáver que habeis conducido al templo y á quien vamos á dar sepultura, es el mismo de la emperatriz Isabel?

El marqués iba á contestar «lo juro», como pedía la fórmula; pero su conciencia le advirtió de que, como cristiano, lo que sus ojos no acertaban á ver, no lo debía creer, y dijo:

—Juro que atendidos la diligencia y esmero que todos hemos puesto en conducir ese féretro desde Toledo á Granada, tengo por cierto que ese cadáver no puede ser otro que el de la señora emperatriz.

En vano se exigió del marqués un juramento

mas terminante: á todas las preguntas contestaba con la fórmula que había adoptado para hermanar la realidad con el extraño y fatal prodigio, que no se cansaba de admirar su vista.

Empezaron las fúnebres ceremonias con que la Iglesia se hacia cargo de aquellos despojos mortales. Eleváronse preces al Altísimo por el eterno descanso de la emperatriz; pero el marqués que no podía asociar su corazón á las oraciones que brotaban de todos los labios, seguía contemplando cada vez con mas horror el desfigurado rostro de doña Isabel.

—¿Y es ésta, exclamaba, aquella emperatriz tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos reinos, señora de tantos pueblos, esposa de un César tan grande? Y ¿qué se han hecho aquel esplendor de su rostro, aquel magestuoso continente, aquel semblante que la hacia aparecer como un ángel entre las mugeres? ¡Oh! ¡Si este es el fin de la hermosura, de la gracia, del poder y de la grandeza, cuál no debe de ser el de una ilusión fugaz, el de una dicha que no se goza sino á costa de la pureza del alma!

Cayó sobre el cadáver de la emperatriz la pesada losa del sepulcro, y su golpe seco y profundo resonó en el corazón de Lombay, como si allí tambien se hubiera cerrado otra tumba.

Algun tiempo despues, tomaba el hábito de jesuita un caballero de la corte, á quien sus desengaños arrastraban á la vida penitente y contemplativa. Era el marqués de Lombay; el mismo que la Iglesia ha canonizado con el nombre de San Francisco de Borja.

Los aeronautas.

Este título hemos dado á un precioso cuadrito que llamó sobremanera la atención en el Salon ó Exposición de Bellas Artes del año pasado en París, y que es debido al ingenioso pincel de M. Verlat. El grabado que hoy publicamos representa todo lo cómico y lo terrible de la situación de esos dos pobres monos que á algunos millares de metros del suelo desempeñan el papel de Leotard, asidos á la boca del globo que ha lanzado á los aires algun titiritero.

LA CIUDAD DE LUXEMBURGO.

Puesto que la paz de Europa ha estado á punto de ser turbada por la posesion de esa ciudad, justo es que le demos cabida en las vistas de nuestro PANORAMA.

La ciudad de Luxemburgo es cabeza del gran ducado del mismo nombre, situado al sur de los reinos de Holanda y Bélgica. El soberano holandés es su gran duque, y tiene en él 150,000 súbditos. La ciudad solo cuenta unos 12,000 habitantes: está situada en las riberas del rio Alzette ó Eltze, y está dividida en dos partes, una regada por este rio y la otra colocada en la cima de una roca escarpada.

Nada tiene de interesante la población, mas que sus imponentes fortificaciones, construidas á gran costa, y que la convierten en una de las ciudades mas fuertes de Alemania. Estas fortalezas son las que han dado importancia á la posesion de la ciudad y ducado de Luxemburgo, y ahora van á ser demolidas, para calmar las prevenciones de la Prusia y la Francia, que se las disputaban.

LA ESPOSICION UNIVERSAL.

Europa tiene fijos sus ojos en el campo de Marte, convertido hoy en palenque de la industria y de todas las artes de la paz. Los periódicos políticos, los literarios, los mercantiles é industriales todos llenan sus columnas con sendas cartas que los felices visitantes de las maravillas que encierra la Exposición universal, dirigen á la prensa de todos los colores, reseñándolas y encomiándolas.

Deseosos de que EL PANORAMA responda al

pensamiento que ha presidido á su publicación, aunque ello nos cueste sacrificios pecuniarios, hemos resuelto dar lugar preferente á los grabados que pongan á la vista de nuestros lectores, todo lo principal y mas curioso de aquel gran certamen, los cuales servirán de ilustración á los artículos que LAS PROVINCIAS ha comenzado ya á insertar sobre el gran suceso del año.

Ya en el número segundo de esta revista publicamos la vista general del palacio de la Exposición, cuyas galerías y departamentos, lo mismo que los objetos espuestos, que por su importancia lo merezcan, iremos reproduciendo. En este número figura *El Pavellon imperial*, pequeño edificio, situado en el parque, para descanso del emperador, y el cual es notable por el extraordinario lujo de su decoración; pero no por el buen gusto que en él reina, pues es bastante pesada la arquitectura semichinesca que en él se ha adoptado.

Los otros dos grabados representan el uno el *Chateau d'eau* (castillo del agua), que sirve de decoración en el jardín del parque, y la vista exterior del *Aquarium de agua dulce*, tambien situado en el parque, y cuyo interior daremos en el número próximo.

EL PLACER

SONETO.

Anhelo aprovechar mi corta vida;
Una sed de gozar siento imperiosa,
Anhelo visitar la deliciosa
Mansion de aquel placer que me convida.
Pronto, pronto la copa apetecida,
¡Oh! mas no tardes seductora diosa,
Tú sonrisa feliz por ver, ansiosa
Mi vista está, mi voluntad rendida.
Acude pronto, vé que el tiempo pasa!
Ya vino... ya se fué... yo desvario...
¿Qué me dejas materia vil y escasa?
Despues de gozar tú ¿qué me rodea?
Pereza, tedio, aburrimiento, hastío...
¿Y á esto llaman placer?... ¡Maldito sea!

Enrique Frexas de Sabater.

DATOS CURIOSOS.

En la Exposición universal de París figuran en gran número cañones de todas clases. Vamos á dar algunos datos exactos acerca del coste de la carga de cada uno de esos cañones.

Los dos cañones espuestos por los suecos son los que menos difieren de los construidos por el sistema actual. Cada descarga hecha con ellos no cuesta mas que 143 francos.

Se dirá quizás: ¿Cómo! ¿Es por ventura poco 143 francos? Si, poco, comparado con lo que se gasta empleando cañones pertenecientes á otros sistemas de construcción.

MM. Potin y Gandet, poseen un cañon, cuya carga vale 278 francos. Pasando á los cañones ingleses veremos que en Inglaterra se está muy adelantado en todo, hasta en el arte de destruir. El cañon del sistema Armstrong, arroja un proyectil, cuyo peso es de 272 kilogramos, y gasta por cada descarga 275 francos, si la bala es de la fundición Pallisser, y 538 francos si la bala es de acero fundido.

Vamos á ocuparnos ahora del rey de los cañones, en especial atendido el gasto que ocasiona. El gasto que importa cada descarga verificada por la nueva pieza de artillería de que se trata, es de 2,550 francos, ni mas ni menos. La invención de este cañon se debe á un prusiano, á M. Krupp, d'Essen. Para el transporte de este terrible aparato de guerra han sido menester los esfuerzos de la mecánica y la intervención de la diplomacia, puesto que al principio se le negó el paso por los ferro-carriles. Las balas de este cañon, cuyo diámetro es de unos 37 centímetros, pesan 500 kilogramos. Se calcula que uno solo de esos proyectiles puede echar á pique un buque cuyo coste sea de siete á ocho millones, con rapidez tal, que no da tiempo á que se salve ni un solo marinero.



LOS AERONAUTAS.

Valencia. Imprenta de José Domenech. Avellanás, 27.